

gloria misma de su cuerpo trasfigurado, mejor que en el Tabor, por medio de aquellas cuatro dotes gloriosísimas de *claridad, inmortalidad, sutileza y agilidad*, según doctrina del Apóstol¹. Así adornado el nuevo Adán, aparece como un hombre del todo celestial y divino². ¡Qué claridad aquella que vence á la del mismo sol! ¡qué inmortalidad ó plenitud de vida que la muerte no podrá jamás destruir! ¡qué vigor y salud que enfermedad ninguna ni algún género de inclemencia del cielo ó violencia de la naturaleza podrá quebrantar! ¡qué rapidez, en fin, mayor que la del rayo y de la corriente eléctrica, para ir en un instante, sin dejar de ser cuerpo, adonde le pluguiere, recorriendo de un confín á otro los inmensos espacios, como si fuera puro espíritu! Y, para concluir, ¡qué hermosura la de aquel divino cuerpo, que reúne y compendia cuanto hay de más escogido entre todas las criaturas, y en cuya comparación es como nada toda la hermosura dispersa en el cielo y en la tierra!³ ¡Oh rostro hermosísimo, á quien siempre desean ver los ángeles⁴, porque, aunque siempre te miran, no se hartan de mirarte! ¡Oh Esposa del Rey eterno, que has visto su hermosura! díme: ¿cuál es tu amado? *qualis est dilectus tuus?*⁵ *Mi amado, dice, es blanco y colorado, escogido entre millares. Su cabeza es como el oro; sus cabellos como palmas; sus labios, azucenas; sus mejillas, granadas; sus manos, zafros*⁶. Pero es empeño vano buscar términos de comparación con que pueda declararse su belleza incomparable y única⁷.

¹ 1 Cor. 15, 42. 44.

² 1 Cor. 15, 47.

³ *La Puente*, Guía espir. t. I, tr. 2, cap. 18.

⁴ 1 Petr. 1, 12.

⁵ Cant. 5, 9.

⁶ Cant. 5, 10. 11. 13. 14.

⁷ *La Puente* l. c.

10. Veis aquí, carísimos oyentes, cómo la resurrección gloriosa de nuestro adorable Redentor enciende en nuestros corazones el fuego del amor divino, así como eleva nuestros pensamientos, deseos y cuidados á la región de los bienes inmortales, después de haber afirmado nuestra fe con la certeza del hecho portentoso. Sólo resta que, mediante el ejercicio de esas tres sobrenaturales virtudes de fe, esperanza y caridad, resucitados con Jesucristo en el espíritu, nos elevemos á Dios acá en la tierra por la unión, para subir algún día á la posesión de su gloria, transformados en claridad á semejanza del Salvador resucitado. Así sea.

SERMÓN PARA EL DÍA DE PENTECOSTÉS

(predicado en la Catedral de Bogotá, el 2 de junio de 1895).

Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi; ideoque et quod nasce-
tur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei.

El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual lo Santo que naciere de ti, será llamado Hijo de Dios.

Luc. 1, 35.

1. Ilustrísimo y Reverendísimo Señor¹: No con el mismo aparato de fuegos y huracanes que en el Cenáculo, pero sí con igual virtud y eficacia había ya descendido á la tierra el Espíritu Santo, tercera Persona de la augustísima Trinidad, á quien, por apropiación, se atribuyen las obras de amor y santificación entre las llamadas *ad extra*, ó que salen fuera de la naturaleza

¹ El Señor Doctor Don Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá.

divina. En Nazaret se verificó ciertamente esta invisible pero magnífica y gloriosa venida, conforme á las palabras del ángel Gabriel á la Virgen María, cuando, para serenarla y explicarle el sentido de su misión, le dijo: *Spiritus Sanctus superveniet in te....*: Vendrá á ti el Espíritu Santo. Vino, en efecto, y el Verbo se hizo carne, y fué Dios con nosotros, y nos fué revelada su gloria en los esplendores del Unigénito del Padre, *lleno de gracia y de verdad*¹. Vino, pues, en aquella hora solemne, en que se colmaba la plenitud de los tiempos, como vino el día de hoy, en que se cumplían los días de Pentecostés: *cum compleverentur dies...² ubi venit plenitudo temporis*³. Vino entonces cual precursor y factor de otra venida, la del Verbo á encarnarse, y hoy viene cual perfeccionador de la obra del Verbo en la tierra, para poner el sello y como dar la última mano á la Redención, dejando instituída la Iglesia, que es la Encarnación continuada y como la reencarnación de Dios en la humanidad. ¡Esplendoroso oriente de la gracia en Nazaret, reflejado en el ocaso no menos brillante del Cenáculo! En una y otra parte está María, allá como madre propia y verdadera del Hijo de Dios, aquí como madre adoptiva de los hijos de Dios en el Espíritu Santo, en una y otra parte como miembro principal y figura de la Iglesia⁴.

2. Séame por tanto permitido aplicar á esta segunda venida, en que celebra el mundo cristiano su transformación y la nueva Alianza de Dios con el hombre, las palabras con que anunció el arcángel á María la obra

¹ Io. 1, 14.

² Act. 2, 1.

³ Gal. 4, 4.

⁴ Ipsa figuram in se sanctæ Ecclesiæ demonstravit (*S. Aug.*, De Symb. ad Cat.).

de la Encarnación. *Spiritus Sanctus superveniet*, etc. Y supuesto que en el gran día de Pentecostés se efectuó, como nadie duda, la fundación de la Iglesia cristiana¹, me contraeré á hacer brillar á los ojos de quien no la vea, la divinidad ó carácter sobrenatural de esa misma Iglesia, que no es obra del poder del hombre, sino, en sentido absoluto y riguroso, del poder de Dios². Así lo dan á conocer su origen, su naturaleza, sus efectos. Porque nace por la venida del Espíritu Santo: *Spiritus Sanctus superveniet in te*; progresa y vive por la virtud del Altísimo: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*; y produce la santidad de los hijos de Dios: *Quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei*. Descienda también sobre nuestros sentidos y corazones la luz del divino Espíritu para comprender plenamente esta grande é importante verdad. Al efecto imploremos, etc. *Ave María*.

I.

3. He dicho que me proponía únicamente hacer brillar la divinidad de la Iglesia por el Espíritu Santo; y nada más fácil por lo que toca á su origen. En efecto, ¿hay cosa más brillante que el carácter sobrenatural de los hechos acaecidos en Jerusalén el día quincuagésimo después de la resurrección del Salvador? Si la narración, hecha al vivo, ó mejor digamos, la pintura de lo que en ese día, hacia las nueve de la mañana, aconteció en una espaciosa morada de aquella ciudad, denominada el Cenáculo, es, como no hay motivo de dudarlo ni derecho de negarlo, históricamente cierta y verdadera, basta abrir los ojos de la razón para quedar plenamente

¹ Fundatur exultatione universæ terræ mons Sion (Ps. 47, 2).

² A Domino factum est istud (Ps. 117, 22).

convencidos de la intervención divina, mejor dicho, de la presencia real de Dios sobre la tierra en aquellos solemnes momentos¹. Figuraos hallaros aquel día en Jerusalén en medio de la muchedumbre de naturales y extranjeros que inundan sus calles y plazas, atraídos por la fiesta y jubileo de Pentecostés. Habían concurrido personas religiosas de todas las naciones que alumbraba el sol²; y quedaron todos atónitos á vista de aquellos prodigios, y diciéndose unos á otros: ¿Qué es esto? He ahí la pregunta que naturalmente ocurre en presencia de tales acontecimientos: *Quidnam vult hoc esse?*³ ¿Es esto natural? ¿puede explicarse humanamente? ¿no está aquí visible la mano de Dios obrando maravillas?⁴ Pero ¿qué suceso es éste, sino el nacimiento de la nueva Iglesia? Un gran sonido que viene de arriba, á manera del que produce el soplo de viento desencadenado, se deja oír de repente por todos los que allí estaban recogidos en expectativa de grandes misterios: toda la casa se conmueve con el ímpetu del viento misterioso que hiela de pavor los corazones, mientras tanto que van apareciendo en el aire lenguas de fuego que se distribuyen y posan sobre cada uno de los Apóstoles. Entonces éstos se sienten henchidos de emoción divina, que no es otra cosa que el influjo del Espíritu Santo que los impele á hablar en diferentes lenguas no aprendidas. Desde este momento se lanzan á las calles de la alborotada ciudad, hecha emporio y lugar de cita de griegos, judíos y romanos, y empieza á tener vida propia y carácter social la nueva comunidad de creyentes

¹ Repente mundus intonat... Deum venire nuntiat (Hymn. Eccl.).

² Act. 2, 5.

³ Act. 2, 12.

⁴ Dextera Domini fecit virtutem (Ps. 117, 16).

en Jesús de Nazaret. Ha nacido la Iglesia de Cristo y ha recibido el bautismo de fuego.

4. Y no podía menos de nacer en aquella hora. Porque reflexionad, amados oyentes, en lo que sucede respecto del nacimiento y formación de las sociedades humanas. No son, como absurdamente se ha pretendido, las convenciones ó pactos arbitrarios los que deciden á los hombres, antes nómades y vagabundos, á reunirse en cuerpo social y vivir regidos por leyes comunes: es la fuerza irresistible de la naturaleza, manifiesta de varios modos, según las circunstancias, la que obliga al hombre á vivir unido á sus semejantes con vínculos sociales. La humana sociedad, pues, no es arbitraria, sino tan forzosa como la naturaleza del hombre. De semejante manera, hermanos míos, vemos el día de hoy formarse la gran sociedad de los cristianos ó seguidores de Cristo, no ya por mutuo convenio sino por irresistible impulso y moción interior que, sin coartar, es verdad, la libre voluntad de los hombres, los fuerza con la suave energía que es propia de la acción divina, á reunirse en sociedad, no temporal sino espiritual, ni solamente religiosa sino cristiana, esto es, destinada á practicar la nueva religión de Cristo, con abolición de otra cualquiera. ¿Por ventura no significa esto aquel viento impetuoso á que era imposible resistir?¹ ¿No dan á entender esto mismo los Apóstoles cuando dicen: *No podemos callar, nos es preciso hablar*²? ¿Quién es capaz de contener el ímpetu del Espíritu que viene á vivificar toda la tierra? Era ésta un campo cubierto de huesos secos; y dijo Dios á su Profeta: *¿Piensas tú que vivirán estos huesos?*³ *Profetiza sobre ellos, y di: Huesos*

¹ Act. 2, 2.

² Act. 4, 20.

³ Ez. 37, 3 sqq.

áridos, oíd la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios á estos huesos: He aquí que yo infundiré en vosotros el espíritu, y viviréis. Así se hizo en efecto: *Entró en ellos el espíritu, y revivieron aquellos despojos de la muerte,* trocados súbitamente en hombres que poblaron la tierra. Y ¿quiénes eran los figurados en este montón de huesos, sino los verdaderos hijos de Dios, la casa de Israel, la Iglesia formada de los tristes despojos del pecado reanimados por el Espíritu Santo? ¿Puede dudarse, en vista de esto, de la divinidad del origen de la Iglesia cristiana?

5. El carácter sobrenatural de este hecho tan visible en sí mismo, resplandece todavía más en tres circunstancias que le acompañan: transformación de los Apóstoles, conversión instantánea de los judíos y superabundancia de señales prodigiosas. Consideremos brevemente cada una de estas cosas. Los Apóstoles se trasforman como por encanto. Si hay algo auténtico, es esta admirable y súbita transformación. Un momento antes de venir el Espíritu Santo eran todavía ignorantes, incapaces de hablar en público, tímidos y pusilánimes: reciben el bautismo de fuego con la infusión del Espíritu divino, y caen de sus ojos las vendas del misterio, penetran en lo más recóndito de las Sagradas Escrituras, explican como consumados maestros el sentido de las profecías, y llenos de valor y generosidad, arrostran la muerte y los tormentos¹. Son hombres enteramente nuevos: *Verbis proflui et caritate fervidi*², llenos de santo ardor y elocuencia sobrehumana. No faltó lengua maligna que

¹ *Mentes carnalium in sui amorem permutavit* (S. Greg., Hom. 30 in Evang.).

² In offic. Pentec.

atribuyese aquella mudanza extraordinaria á efecto de embriaguez¹, burlándose neciamente de lo que á todos traía atónitos y maravillados. Hoy el mundo entero se burla de aquellos burladores impudentes, cuyo triste ejemplo han seguido, no obstante, los sofistas de todos los tiempos, desde Juliano hasta Voltaire. Á la transformación de los Apóstoles siguió, como natural efecto, la conversión de judíos á millares. Tres mil hombres se dan por convencidos al primer razonamiento del pobre pescador Simón Pedro: luego otros cinco mil siguen el ejemplo de sus correligionarios. Llenos de compunción y de temor santo, preguntan á los Apóstoles: *¿Qué haremos, decidnos, hermanos, para salvarnos?* Y recibían el bautismo confesando por Hijo de Dios al mismo que, cincuenta días antes, habían puesto como insigne malhechor en el patíbulo. Innecesario es advertir que la conversión de éstos, así como la de los discípulos, no fué obra de pasajero entusiasmo, de éstos que se disipan y apagan al día siguiente. Dígalo la historia del cristianismo. Á los miles de cristianos del primer día hay que añadir otros muchos millares, tanto que á pocos días eran ya multitudes de creyentes², y tan hermanados que parecían no tener sino una sola alma y un solo corazón. ¡Qué sucesos tan claramente sobrenaturales! ¿Qué pensar de la sobreabundancia de dones y carismas que acompañan estas conversiones, de que se ven llenos repentinamente los nuevos adeptos de la Iglesia? El Espíritu Santo descende con visibles señales sobre judíos y gentiles, cumpliéndose á la letra la profecía de Joel: *Profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos tendrán sueños misteriosos*³.

¹ Act. 2. 13.

² Act. 4. 32.

³ Joel 2, 28 sqq.

6. Todo esto, hermanos míos, es demasiado claro y evidente para no reconocer en los hechos del día de Pentecostés la intervención divina que imprime al origen de la Iglesia católica un carácter netamente sobrenatural. Aquí no hay efugio posible á la incredulidad más artera: no queda sino la negación rotunda ó la falsificación de los hechos, á menos de rendir sinceramente el homenaje debido á la verdad. En medio de tanta luz, el asenso que llamamos fe, más que obra de la gracia, parece exigencia lógica del sentido común. Alta es la cima del monte Sinaí; y, cuando está iluminada con la presencia del Dios que dicta su ley entre relámpagos y truenos, es imposible no distinguirla de todas las cumbres y no venerarla como trono del Señor: no menos brillante es el Cenáculo, donde hoy el Espíritu divino ha promulgado la nueva ley de gracia entre prodigios de amor y caridad, que atestiguan ser la Iglesia el arca de la nueva Alianza, el nuevo y eterno Tabernáculo de Dios sobre la tierra: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus*¹.

II.

7. Empero, si la Iglesia nace con la venida del Espíritu Santo: *Spiritus Sanctus superveniet in te*; vive y se desarrolla por la Virtud del Altísimo que la protege con su sombra majestuosa: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*, resaltando de esta suerte la divinidad de la índole y naturaleza del cristianismo. En efecto, ¿qué es lo que salta á la vista del observador que contempla fijamente el movimiento y la marcha de esta barca prodigiosa en medio del océano de las vicisitudes humanas

¹ Apoc. 21, 3.

durante ya casi veinte siglos? ¿qué otra cosa es sino la fuerza moral, la fortaleza sobrehumana que arrolla y desbarata cuantas fuerzas se le oponen: *Virtus Altissimi*? Y eso, á pesar de ese otro elemento de que está formada, la debilidad humana. Pero si Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es, por razón de esta doble naturaleza, un compuesto de fuerza y de flaqueza, de gloria y humillación, nadie debe extrañar que la Iglesia, evidente personificación del mismo Cristo, y obra que lleva estampado el sello del Hombre-Dios, participe de este mismo carácter, de fortaleza en medio de la debilidad. *Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*, había afirmado el Salvador¹; la edificó efectivamente bajo la influencia de su Espíritu, renovando por medio de ella la faz de la tierra, según estaba profetizado: *Emitte Spiritum tuum, et creabuntur*²; y la Iglesia de Jesucristo lleva impresa en la frente la marca de su Fundador: fuerza y flaqueza, divinidad y humanidad, luz en medio de las sombras.

8. La fuerza sobrenatural en su mismo origen, acabamos de admirarla en los ruidosos acontecimientos de día de Pentecostés; veamos la fuerza también superior á todo esfuerzo humano, que despliega en el proceso de su existencia, y en su perpetuidad hasta nuestros días, presagiando su duración hasta el fin de los siglos. Para ser viable la nueva criatura en el medio en que tenía que desarrollarse, cual era la sociedad antigua, la Iglesia, desprovista totalmente de recursos de orden natural, debió luchar y luchó efectivamente contra las tres mayores fuerzas que se conocen en el mundo: la tradición, encarnada en el pueblo hebreo, la ciencia, re-

¹ Matth. 16, 18.

² Ps. 103, 30.